

Desconocida

Un pitido fuerte invadió los oídos de Elena de repente, como una alarma que anunciaba la mañana. La mujer, de unos sesenta años, abrió los ojos lentamente, sin todavía comprender exactamente donde se encontraba. Analizó la habitación, y dio por hecho que se encontraba en un hospital. Al momento entró en la sala una persona. Era una mujer joven, de unos treinta años, con el cabello recogido en una trenza descuidada y unos ojos cansados.

Aún sin entender que había pasado, Elena preguntó atropelladamente:

—Disculpe, me puede decir que hago aquí —preguntó Elena, acomodándose las gafas con manos temblorosas.

—Buenos días, ayer usted se cayó en su casa, y llegó aquí inconsciente —mintió la joven con naturalidad— Ha estado en observación desde entonces, pero está fuera de peligro—.

—Entiendo, y, ¿te conozco? —

—No, pero su hija sí, ella me ha pedido que le haga compañía hasta que pueda venir—

—Muy bien, pues algo habrá que hacer, para empezar, ¿cómo te llamas? —

—Soy Lucía y tú Elena, ¿no? —

—Sí, desde hace tiempo ya—

Aquel día no fue como los demás de Elena. Lucía no se limitó a sentarse a su lado; transformó la fría habitación en un refugio.

Para empezar, sacó un viejo reproductor y puso boleros. Elena, contagiada por la energía de la chica, empezó a mover los pies, esa música era su favorita, pero no recordaba por qué.

Después de comer, durmieron la siesta como una vieja costumbre que por alguna razón sentían que tenían, aunque nunca se hubieran visto, la conexión que tenían era innegable.

Luego de la merienda, jugaron a algunos juegos de mesa, pero en especial, Elena era realmente buena en el ajedrez, ella simplemente sabía cómo mover cada ficha con una estrategia increíble, era algo que sentía que tenía innato.

A la hora de la puesta de sol ya se habían quedado sin nada de lo que hablar, como dos viejas amigas, Elena le había contado a Lucía todo sobre ella, le confesó que se sentía abandonada por su familia.

—Mi hija viene muy poco a visitarme a casa y mis nietos no hacen más que estudiar y nunca sacan tiempo para verme— decía con una amargura que cortaba el aire.

Lucía escuchaba en silencio, aunque a veces le sonreía y añadía comentarios de apoyo.

Ya de noche, salieron al jardín del hospital. Lucía empujaba la silla de ruedas con mucho cuidado. Hablaron de todo y de nada.

—Hacía años que no me reía así —dijo Elena, tomando la mano de Lucía. —Eres una chica especial. Mi familia debería aprender de tu generosidad. Se han olvidado de mí, pero Dios me ha mandado una amiga hoy para compensarlo. —

Lucía se arrodilló frente a ella y le acomodó la manta sobre las piernas.

—Tú eres lo más importante que hay, Elena. No lo olvides. —

Al regresar a la habitación, el agotamiento físico de Elena se hizo evidente. Su respiración se aceleró y el monitor empezó a emitir un sonido que nadie nunca quiere escuchar. Los enfermeros entraron corriendo y se echaron encima de la mujer.

Elena abrió los ojos una última vez. La confusión había desaparecido, reemplazada por paz.

—Lucía... —susurró la anciana.

—Aquí estoy, mamá... —se le escapó a la joven, acercando su oído a los labios de la mujer.

Pero Elena ya no escuchó la palabra "mamá".

—Gracias, linda por ser tan buena con esta desconocida. Ojalá mi hija fuera como tú.

—

Y con esa última frase, Elena exhaló su último aliento.

Lucía se quedó allí, sosteniendo la mano de la mujer que le había dado la vida, llorando no solo la muerte de su madre, sino el hecho de que, para Elena, ella había muerto meses atrás, cuando el Alzheimer decidió que su propia hija ya no era nadie. Se despidió de ella como lo que fue ese día: una maravillosa desconocida que le regaló sus últimas horas de felicidad a la madre que nunca supo que tenía delante.

Categoría: Tercero y cuarto de ESO

Modalidad: Relato

Título: Desconocida

Seudónimo: Dementor